

Men Changing Men

Hombres Cambiando a Otros Hombres

Por/by Osvaldo Montoya

"Todo hombre lleva dentro el cadáver del niño sensible y juguetón que se le obligó a estrangular en nombre de la gloriosa corporación de varones. Todo hombre lleva dentro todavía el germen de una posible persona".

Josep-Vicent Marqués

Al leer este fragmento imagino a una linda criatura de sexo masculino, ensayando sus primeras palabras, buscando la mirada de los adultos, sonriendo y despertando ternura entre aquellos que la rodean.

Luego me pregunto cómo es posible que, al transcurrir los años, ese dulce niño se convierta en un tipo controlador, dominante y muchas veces agresivo. Es entonces cuando pienso en el entrenamiento que recibimos los varones para hacernos hombres; y por supuesto, recuerdo mi propio entrenamiento.

Viene a mi mente la imagen de mi padre manejando su vehículo en la lucha por hacer el negocio del mes. Lo veo también llegar a casa y pedir su almuerzo. Por otro lado, veo a mi madre anclada en la casa, detrás de su máquina de cocer, o frente a la cocina... sirviendo un almuerzo. Ellos, como dos modelos de personas muy desiguales, y en muchos casos antagonicos. Ella podía ser nerviosa, podía llorar; incluso no tenía necesidad de contarnos grandes experiencias de éxito en su vida social. En cambio mi padre se sentía obligado a demostrarnos que todo lo tenía bajo control, y que en su historia personal habían muchos méritos que lo distinguían.

Estas fueron las primeras lecciones de masculinidad que recibí. Me dijeron que tenía que ser como mi padre. De todos modos él me parecía superior a ella. Es decir, los hombres con mayor poder que las mujeres. Es más, las mujeres para servirles a los hombres. Los hombres en las actividades "interesantes" (negocios); las mujeres en las "aburridas" (cocina).

El resto de hombres y mujeres que fui conociendo en el mundo los comencé a valorar a partir de los modelos de masculinidad y feminidad que encontré en mi padre y mi

"Every man has inside him the body of the sensitive and playful boy that he was obliged to strangle in the name of the glorious company of men. All men still have inside them the germ of a potential person."

Josep-Vicent Marqués

When I read this fragment I imagine a beautiful boy, rehearsing his first words, trying to get adults' attention, smiling and awakening tenderness in those around him.

Then I wonder how this sweet child could, with the passage of time, turn into a controlling, domineering and often aggressive person. That's when I think about the training we men receive to make us men, and naturally, I remember my own training.

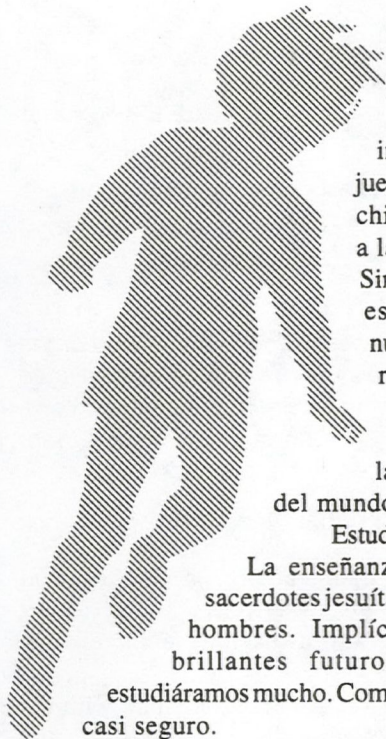
The image of my father driving his vehicle struggling to make enough money for the month comes to mind. I also see him coming home and asking for his lunch. I see my mother anchored to the house, behind her sewing machine, at the stove or serving lunch.

They were two models of very unequal and often antagonistic people. She was allowed to be nervous; she could cry. She didn't need to tell us stories about all the successes she had had in her social life. My father, however, felt obligated to show us that he had everything under control, and that in his personal history he had had many merits that distinguished him from others.

Their relationship was the first lesson in masculinity that I received. I was told I had to be like my father. He seemed better than her anyhow. And men had more power than women. Even more important, women were made to serve men. The men in the "interesting" activities like business, and women in the boring ones like the kitchen.

I began to judge the rest of men and women I met in the world based on the models of masculinity and femininity that I found in my father and my mother.

I grew up in a neighbourhood with lots of neighbours and friends. I participated in numerous "boys" adventures and games: spinning tops, baseball, walks to a friend's farm, etc. Without knowing it, in each activity we were building our masculine identity, ratifying our belonging to the group of men, and taking as much distance as possible



madre.

Crecí en un barrio con muchos vecinos y amigos. Participé en innumerables aventuras y juegos "de varones": trompos, chibolas, béisbol, caminatas a la finca de un amigo, etc. Sin saberlo, en cada actividad estábamos construyendo nuestra identidad masculina, ratificando nuestra pertenencia al grupo de los hombres, y tomando la mayor distancia posible del mundo femenino.

Estudí en un colegio de varones.

La enseñanza que recibimos de los sacerdotes jesuitas estaba dirigida a formar hombres. Implícitamente nos prometía brillantes futuros, siempre y cuando estudiáramos mucho. Como hombres, el éxito parecía casi seguro.

La época de la lucha del pueblo contra el somocismo me hizo apreciar las desigualdades de clase de mi país, sintetizadas en la figura del dictador. Con el triunfo de la revolución, los proyectos sociales, las movilizaciones militares y campañas políticas me dieron la oportunidad de afirmarme como revolucionario y también como hombre.

En la revolución encontré un sentido político a mi vida, una causa justa a la cual entregarme. Desde entonces, en los años ochenta, oía hablar de la participación de las mujeres, y de AMNLAE como la expresión organizada de ellas. No obstante, creía que el deber de las mujeres era sumarse al proyecto común de "defensa de la revolución". Para mí las injusticias visibles eran entre el imperialismo gringo y nuestra nación; entre la burguesía criolla y las capas populares.

Cuando estaba finalizando mi carrera universitaria establecí contacto con una organización donde trabajaban mujeres feministas. Desde este centro, dos compañeros hicimos una investigación sobre la división sexual del trabajo en la zona rural del país.

El trabajo de investigación me obligó a confrontar mis propios prejuicios sobre los géneros. Durante este tiempo una compañera me prestó sus apuntes de una charla con Marcela Lagarde, una feminista mexicana. Debo confesar que sus ideas despertaron mi admiración y a la vez miedo. Por un lado sentía que me quitaban la venda que no me dejaba ver la realidad cotidiana: la opresión de las mujeres por parte de los hombres.

Pero también tuve temor de su propuesta. Reaccioné defensivamente cuando señaló que los hombres vivimos el

from the female world.

I studied at a boys school. The lessons that we received from the Jesuit priests were directed to form men. Implicitly, we were promised brilliant futures, especially when we studied hard. As men, success seemed almost certain.

The period of the people's struggle against Somocismo made me appreciate the class inequalities in my country, embodied in the figure of the dictator. With the triumph of the Revolution, the social projects, military mobilizations and political campaigns I had the opportunity to affirm myself as both a revolutionary and as a man.

In the Revolution I found a political meaning to my life, a just cause to give myself to. Since then, I used to hear about the participation of women, and of AMNLAE as the organized voice of these women. Nevertheless, I believed that a woman's role was to commit herself to the common project of "the defense of the Revolution." For me, the visible injustices were between *gringo* imperialism and our nation, between the Creole bourgeoisie and the popular masses.

When I was finishing my university degree, I made contact with an organization where some feminist women worked. From this centre, I and another *compañero* did some research about the division of labour among the sexes in a rural zone of the country.

The research forced me to confront my own prejudices about gender. During this time a *compañera* loaned me her notes from a talk with Marcela Lagarde, a Mexican feminist. I have to admit that her ideas awoke both my admiration and also my fear. These ideas took away the blinders that prevented me from seeing the day to day reality: the oppression of women by men.

But I was also afraid of her proposal. I reacted defensively when she pointed out that men live the period of "falling in love" in a very limited and temporary way, lasting only until the conquest. "She can't generalize like that," I would say. But what was really happening was that I had never reflected on how we live love.

With much trepidation, I showed my *compañera* the notes from Marcela Lagarde's talk. I was afraid that she would take it very seriously. The feminist proposal was attractive--really underneath it all I wanted more horizontality in our relation-- but at the same time dangerous. It felt dangerous (and to some degree it still does) to relate to a woman who was completely independent.

Recently, I have been working with *Puntos de Encuentro* (Meeting Points), another centre founded by feminist women. I work as an educator in workshops about gender for men and youth. At first I believed that a man's job was to support the cause of women. "After all, they were the ones being oppressed," I thought. But in this work I have had to change many of my assumptions. I have convinced

enamoramiento de manera limitada y temporal (que dura hasta la "conquista"). "No puede generalizar", decía yo. Realmente lo que pasaba es que nunca me había puesto a reflexionar sobre cómo nosotros vivimos el amor.

Con mucho recelo le mostré a mi compañera los apuntes de Marcela Lagarde. Tuve miedo que se lo tomara muy en serio. La propuesta feminista era atractiva --pues en el fondo deseaba más horizontalidad en nuestra relación-- pero también peligrosa. Sentía amenazante (y en parte aún lo siento) relacionarme con una mujer totalmente independiente.

Actualmente llevo más de un año trabajando en Puntos de Encuentro, otro centro fundado por mujeres feministas. Me desempeño como educador en talleres sobre género dirigido a hombres y jóvenes. Al inicio creía que el deber de los hombres era apoyar la causa de las mujeres. "En todo caso ellas eran las oprimidas", pensaba. Pero en este trabajo se me han ido rompiendo muchos esquemas. Me he convencido que el feminismo tiene también un mensaje liberador para los hombres. Nos propone renunciar a la obsesión de la masculinidad, para aprender a ser personas. Nos propone recuperar la ternura y el llanto. Cambiar las armaduras y los privilegios por relaciones paritarias con las mujeres.

En los talleres los hombres han encontrado un espacio seguro para reconocer los costos personales y sociales de "comportarse como un hombre". Reflexionamos sobre la tendencia dominante y controladora de los hombres, que nos impide vivir nuestra sexualidad como un ámbito para dar y recibir ternura y placer. Cuestionamos la posesividad en nuestras relaciones de pareja, y las formas violentas de resolver los conflictos con otros hombres, con las mujeres y con los niños. Finalizamos cada taller construyendo alternativas prácticas para des-aprender lo nocivo del entrenamiento masculino que recibimos.

Todavía me asombra la profunda influencia que mis experiencias previas pueden tener en mis relaciones con varones y mujeres. Aún tengo mucho de patriarca. La imagen de mi padre, los amigos, el colegio, la vida militar, etc., dejaron una herencia difícil de erradicar.

Otros hombres al igual que yo, también se sienten incómodos con el modelo de masculinidad dominante. Esta inconformidad ha sido el germen de la organización de un grupo de hombres que nos definimos en contra de la violencia masculina. En este grupo abordamos muchos de los puntos que yo trabajo en los talleres con hombres, pero con la ventaja que el grupo tiene un carácter más autogestionado. Así es posible profundizar en los temas que nos inquietan para lograr el cambio. Queremos confiar en nuestras potencialidades. Queremos revivir a ese "niño sensible y juguetón" que nos obligaron a estrangular.

Oswaldo Montoya es psicólogo y trabaja actualmente en "Puntos de Encuentro en Managua", Nicaragua.

myself that feminism also has a message of freedom for men. It suggests to us that we renounce the obsession we have with masculinity in order to learn to be people. It proposes to us that we recuperate our tenderness and our sorrow, exchange our armour and our privileges for equal relationships with women.

In the workshops the men have found a safe space to recognize the personal and social costs of "behaving like a man." We reflect on men's domineering and controlling tendencies that impede us from living our sexuality as a way to give and receive tenderness and pleasure. We question the possessiveness in our relationships, and the violent ways in which we resolve conflict with other men, with women and with children. We end each workshop building practical alternatives to unlearn the damage of the male training we receive.

The profound influence that my previous experiences have had over my relationships with men and with women. I still have much patriarchy in me still astound me. The image of my father, my friends, my school, military life, etc. have left an inheritance that is difficult to erase.

Other men like me also feel uncomfortable with the dominant masculine model. This dissatisfaction has resulted in organizing a men's group which works against male violence. In this group we take up many of the issues from the workshops, but with the advantage that the group has a self-directing character. Thus, we can go more deeply into the themes that concern us in order to achieve change. We want to have confidence in our potential. We want to revive this "sensitive and playful child" that they forced us to strangle.

Oswaldo Montoya is a psychologist and works at "Puntos de Encuentro" (Meeting Points) in Managua, Nicaragua.

Translation by Debora Gordon

Taller de Artes Visuales

dibujo-pintura-collage-modelado
-relieve-técnicas mixtas

Para niños, jóvenes, adultos y grupos
pequeños bilingües

con **Cecilia Boisier**

*Sábados - sesiones de 2 horas c/u - \$60 mensuales
Teléfono: 876-7891 - Asistencia libre a sesión de prueba*

Workshop in Visual Arts

drawing-painting-collage-modelling-
relief-mixed techniques

For children, young people, adults and
small bilingual groups

with **Cecilia Boisier**

*Saturdays - 2-hour sessions - \$60 per month
Telephone: 876-7891 - Free trial session*